

Graciela Tedesco - Cecilia Moreyra

Editoras

Paisajes de Güemes

Habitar la casa, el barrio y la ciudad



Paisajes de Güemes

*Habitar la casa,
el barrio y la ciudad*

Graciela Tedesco Cecilia Moreyra
(Editoras.)

Área de

Publicaciones

ffyh

Facultad de Filosofía
y Humanidades I/UNC



Universidad
Nacional
de Córdoba



7. MEMORIAS

Almacén y Bar Los Sesenta Guasos. Bolívar esquina Peredo, Pueblo Güemes, Córdoba

Por Mauricio Di Gianantonio¹

Nos aproximemos a un almacén de Güemes atendido por una familia venida de las sierras, en una esquina de la parte sudoeste del barrio. Prestemos atención a la forma de la casa, las cosas que se vendían, las actividades de los dueños y su clientela, el clima de alegría y las ocasionales peleas. El almacén y casa de los Hermanos Peralta, más conocido como Almacén Los 60 guasos, acompañó la vida de barrio Güemes entre fines de los 40 y principios de los 70.

El vecino y arquitecto Mauricio Di Gianantonio, nos relata a continuación sus recuerdos sobre dicho almacén. Lo hace desde la perspectiva del niño curioso que fue, cuando alrededor de sus 10 años pasaba a diario por la vereda, se asomaba a sus ventanas, escuchaba desde afuera los sonidos; y entraba a veces a comprar algún encargo, logrando espiar sus rincones.

Las descripciones de Mauricio están acompañadas de sensaciones, lugares que se disimulan y actividades no del todo visibles que quedaban liberadas a la imaginación. Son, en este sentido, memorias que nos hablan de Los 60 Guasos a partir de aquello que se describe, pero también de lo que aparece de forma furtiva y sigilosa, o no se llega a pronunciar.

Estimado/a lector/a en honor a los hechos reales descriptos y acaecidos, dudé en presentar este relato sobre el boliche de tan particular nombre, en primera persona o tercera persona omnisciente.

Soy un vecino de siempre de este boliche, desde niño (niño del ayer, de 10 años entre fines de los 50 y comienzos de los 60), interesado en su historia y de excelente memoria, por lo que muchas situaciones de este relato, son recuerdos que vuelven a mi memoria

¹ *Arquitectus habitantis Güemes est.*

y otros, me fueron confiados por personas mayores, hoy casi todos, en el celeste imperio.

El boliche ubicado en la esquina de Bolívar (una de las primeras calles ejecutadas con hormigón armado, arena, granza cemento, como hoy, con más el agregado de hierro de construcción, ídem losa de una vivienda) esquina con Peredo, lucía una fachada de estilo italianizante importante, con mano de obra de calidad y carpintería de jerarquía, que transmitía seguridad.

Poseen los vecinos datos ciertos acerca de los propietarios originales de la construcción, Sres. Puccini- Tucci, a quienes los Peralta, dueños del boliche, quisieron comprar la misma, no alquilar, con respuesta negativa siempre. Los Puccini-Tucci eran también propietarios del boliche de Pepino, ubicado en la esquina de Belgrano y Fructuoso Rivera en el mismo barrio, hoy centro cultural y lugar de encuentros de quienes aman el barrio y su historia, con reminiscencias vividas, fundantes, que conmueven, símiles a las narradas en la película italiana *Amarcord*, 50 años más tarde.

Desde el inicio, hasta el año 1973 aproximadamente, no recibió ni la fachada, ni la carpintería de fachada, una mínima y/o piadosa mano de pintura... aunque sí leyendas políticas escritas con letras enormes sobre sus largos muros, con alquitrán o pintura negra, que no inmutaban en lo más mínimo a María y Manuel Peralta, sus inquilinos. Los textos de las leyendas con letras que transmitían premura en la impresión (vulgarmente llamadas chorreadas), ante la posibilidad de la llegada de la yuta (policía), eran hartos significativos. Recordé sentado en mi estudio, ojos cerrados, con el placer de recordar, esforzadamente; mientras mi testa se agitaba hacia adelante y atrás suavemente; recordé el texto de los escritos: “Viva el cáncer”! Enormes letras negras, sobre la fachada de calle Bolívar, como una enorme perspectiva, fugaban hacia la calle Peredo, festejando en ese momento la muerte de Eva Perón. También “Braden o Perón”, en tiempo de elecciones, no recuerdo bien el año (las leyendas quedaban siempre absolutamente desactualizadas por la realidad, ya que duraban mucho ahí); y otra más reciente, con colores de óxido rojo, de uso en estucados de piso y muros “¡Fidel, seguro, a los yanquis les da duro!”

Los hermanos Peralta atendían a su fiel y particular clientela sin amabilidad alguna, pero no descarto que esa hosquedad la utilizaran

con los más jóvenes y niños que íbamos a hacer los mandados; por lo que quizás, era otro el trato para con los parroquianos. Los hermanos eran de baja estatura bigotes de regular tamaño, de hablar atravesado, siempre vestidos igual, pantalones enormes de un color creco, negro. En algunas ocasiones, usaban delantales color tiempo, feos y desalineados. La familia incluía una Sra. que jamás hablaba y un par de niños que tenían una forma de ser igual a los Peralta, nunca supe de parentesco con ellos. En algunos encuentros de fútbol, uno de los niños solía llegar y participaba en los partidos, con zapatillas y ropa de juego buena, aunque sus virtudes en el mismo no eran notorias. He olvidado su nombre, solo recuerdo que al igual que los guasos, hablaba poco, reía menos aún... Solía hacer algunas bromas verbales, pero de inmediato, como arrepentido, corría la alegría y volvía al rostro de siempre.

Se sabe que daban fiado a la gente humilde habiéndose en estos días encontrado la libreta de anotaciones original, al respecto incluso se habría verificado que prestaban dinero, como un gasto más.

En ochava, se encontraba ubicado el ingreso al sector almacén, y como presidiendo todo, un cartel de enormes dimensiones parcialmente legible, con multiplicidad de bollos, seguramente por acción de pedradas y/o ladrillazos, cuasi oxidado. Se podía leer con esfuerzo, que recibía oficialmente, la pudorosa calificación del boliche “Almacén y Bar Peralta hnos”.

El negocio era de características similares a un local ubicado en la zona serrana, en medio de una enorme pampa o montañas, era casi siempre auspiciado por vino “Facundo” y portaba una imagen borrosa de Facundo, que, montado sobre su caballo brioso, ocupaba gran parte del mismo. Algún vecino grande aportó de sus recuerdos que muy de tiempo en tiempo, el diseño e imágenes del cartel era modificado por otro, seguramente producto alimenticio (fideos Paitito), exigencia municipal.

El diseño del almacén contemplaba en fachada, tres enormes aberturas. En la ochava se encontraba una hermosa puerta de 2 hojas, con detalles de altísima calidad. Por ella, se accedía al sector almacén donde era posible adquirir todo lo imaginable para el hogar, a nivel de alimentos y servicios dentro de la amplitud de sus activida-

des, el local incluía además de las descriptas, también espectáculos musicales y algunas otras “particularidades”.

Por calle Bolívar se accedía al sector confitería, expendio y consumo de bebidas. Se observaba una enorme cortina metálica verde oliva y con su mismo ancho, una puerta de dos hojas madera excelente, vidriada, siempre en perfecto estado, con herrajes de calidad.

Por calle Peredo se accedía al sector juegos y espectáculos en patio, encontrándose en el mismo, un garaje con capacidad para dos vehículos... recuerdo un rastrojero color verde y la cancha de bochas.

¿Quiénes asistían al boliche? Me ha sido confiado que en una oportunidad estaba un gran cantor local, “Cara de gallo” de apellido Brando, hijo de italianos, de áspera y potente voz, en el patio cerca de la cancha de bochas mientras se acompañaba por una sufrida guitarra que accionaba sin mayor cuidado. En esa circunstancia, trascendió que Cara de gallo, en medio de gente jugando a las cartas y escabiando duro, interpretaba en su singular estilo, en medio de bromas chistes, la canción patriótica Los 60 granaderos, con la fuerza de siempre... cuando de pronto se abre la puerta del sector cancha de bochas y comienzan a ingresar familiares de los Peralta de visita, con sus vestimentas de indubitable origen serrano, gente de ropa fuerte duradera, con pañuelo al cuello y sombrero negro en la mano, en señal de respeto.

Al ver lo numeroso del grupo familiar ingresante, con una sonrisa en su rostro, Cara de gallo, experto improvisador, al segundo modificó la letra de la canción que sonó así: “Eran se- eran- sesenta- los guasos” (la tetra de la canción dice “paisanos”. En Córdoba se denomina guaso por lo general a quienes viven o vienen de zonas serranas o rurales), continuó: “que de las, que de las sierras venían”, y continuó modificando al paso toda la letra, en medio carcajadas cuasi gritos de risas y alegrías totales.

Al negocio concurrían todo tipo de personas, en gran mayoría trabajadores, en un horario muy flexible. También era común ver gente que se decía eran de Nueva Córdoba, en pos de contratar algún especialista varón o mujer, para tareas en su vivienda. En algunas ocasiones el encuentro mostraba a personas con confianza uno en el otro, acordando tareas, costos de materiales etc, en ese hermoso intercambio de experiencias y conocimientos.

De pronto un recuerdo me conmovió, aquella enorme caramelera de vidrio, con tapa de chapa, alta, ajustada y firme, inalcanzable para niños traviesos, de múltiples colores (solo retornan a mi memoria caramelos media hora, chicles bazooka, con historietas de colores en su interior, baleros trompos, figuritas de jugadores de fútbol, revistas usadas dibujadas a color, de un vaquero norteamericano, Hopalong Cassidy).

El negocio contemplaba ventas de artículos de escabio para consumo en hogar y artículos de almacén, alimentos, ropa variada masculina y femenina, artefactos a kerosene, repuestos varios, y también, según libro de anotaciones recientemente recuperado, se efectuaban préstamos en efectivo. Asimismo, por encargo se podía observar prendas femeninas de todo tipo y calidad, unidades de pintura a la cal, siempre marca Cremer.

También se vendía material escolar y material mínimo de construcción, cables, pilas, fliteros para mosquitos, llaves de punto y toma, algunas máquinas para pintura en obra de bronce pulido, productos para la belleza femenina.

Nunca pintado, el sector almacén siempre semioscuro, en enormes cajones se almacenaba harina, arroz, polenta, etc., desde donde extraía con una especie de caño o tarro cortado en un extremo a 45 grados y trasladaba a la balanza en forma mecánica, todo en un medio de higiene no brillante. El techo estaba construido con tirantes de madera y bovedillas, y probablemente chapas de cinc al exterior. La multiplicidad de productos a la venta, expuesta sin muchos miramientos, embellecía algo el local con sus colores, todo bajo la mirada dura, de águila, de los Peralta.

Era común niñitos comprando: “¡Deme cincuenta chacho (arroz)!” que abonaban con billetes aplastados como una pelotita, situación que embolaba (ponía molesto, no era de su agrado) a los dueños.

Aquí los recuerdos se amontonan... Las mesas del local boliche, de pequeñas dimensiones, de patas de madera muy finas y altas, que no ofrecían demasiada estabilidad a los parroquianos, algunos ya arribando a la borrachera, con movimientos atentatorios contra los vasos, botellas y cartas de los parroquianos, con permanente situaciones de enfrentamiento, que los Peralta resolvían sin mayores contemplaciones.

Apenas ingresado al local almacén, se encontraban especies de estantes de madera, horizontales, con la más increíble combinación de productos que existir pudiere, apilados sin mucho orden... alpar-gatas negras y algunas blancas (para las fiestas), ponchos de las sie-ras, medias de niñas de colores, sin envases casi siempre, lo que complicaba completar el par, en el caso de las zapatillas. Considero era complicado para los Peralta atender pedidos de distinto tipo, atento a lo tortuoso del recorrido, pero evidentemente no existían problemas, todo transcurría con normalidad y mucha alegría.

Muy cerca de este ítem, se encontraba otra estantería de madera, alta, inalcanzable, repleta de fideos, arroz, porotos, pan casero, fran-cés, criollo. La harina y productos secos se encontraban enfrentados cómodamente a las espaldas del mostrador.

A medida que se compraban, los productos eran depositados so-bre un mostrador de madera, con terminación de estaño, construido sin muchos miramientos, poco atendido en sus aspectos higiénicos de huellas de golpes u otros en su superficie.

Recuerdo dos tipos de balanzas siempre en impecable estado una de ellas con mármol blanco y mecanismo a la vista.

Los muros pintados con color verde oscuro, al aceite, brillantes, hasta dos metros aproximadamente. Mientras que los muros de gran altura y el cielorraso de tirantes de madera y bovedillas, lucían un color lila fortísimo, que podría ruborizar a más de un dadaísta de aquellos tiempos.

Sobre los muros del sector boliche bar, con acceso desde calle Bolívar, a manera de decoración, se observaban clavadas fotos de caballos ganadores de alguna carrera, junto a sus conductores, siem-pre de baja talla, sin mayores delicadezas. También se observaban fotos de hermosas señoritas que exhibían con una sonrisa sus partes pudendas, cortadas de alguna revista especializada, clavadas al muro con clavos de grandes dimensiones.

También se encontraban unidos al muro, almanaques de años idos, quizás dejados ahí por consejo de algunos de los muchos poe-tas, sabedores de historias de Güemes, e improvisadores parroquia-nos; cuyos recitados y referencias al pasado eran sumamente valo-rados por los niños de ese tiempo. Un lugar especial ocupaban, en estos ententes, los relatos, payadas y personajes.

El sector boliche bar se conectaba con el sector almacén por medio de una pequeña abertura cubierta a manera de cortina, con una desplegada ex bolsa de harina alguna vez blanca, de color gris cuasi negro, con un alambre a manera de soporte. Este diseño permitía a los compradores de almacén, escabullirse “con carpa” (que significa llevar a cabo una determinada acción o efecto sin que trascienda, subrepticia) a escabiar y/o jugar. Los participantes con poco tiempo y “con permiso” de la doña “para comprar las cosas”, con el encargo ya en la mano, aprovechaban la estancia y a través de la cortinita que describo, ingresaban al boliche, tomaban un Facundo o Cinzano, y casi a la carrera (no siempre), volvían a casa. Pero si se demoraba en demasía, muchas dueñas de casa de muy mal modo entraran al local y a los gritos, con fuertes calificativos e intimidaciones que dejaban de serlo, se retiraban con lo adquirido en sector almacén, para hacer la comida del hogar.

Sobre la calle Peredo, se accedía al sector juegos, de bochas, sapos (2) siempre rodeados del sonido de la ficha de bronce al golpear sobre la plancha en busca del tanto... y “otras actividades”. Este lugar producía enormes cantidades de ruidos fuertes de mayor intensidad que parecían crecer. La actividad solía de tanto en tanto motivar enfrentamientos serios, por lo que los Peralta con solo marcar el número de la Policía y la llegada de ésta en sus veloces Mercedes Benz (mechitas), solucionaba las diferencias. Sin mayores miramientos, a empujones y bastonazos, “encanutaban” a los revoltosos, y alojaban a los mismos en celdas de la seccional 10, ubicada en calle Belgrano, hoy demolida por la ejecución de Av. Pueyrredón. Aquí surge un tema áspero como lo fue la demolición y desalojo forzado de numerosas viviendas humildes, de trabajadores, muchos de los cuales habrían tenido derechos sobre lo construido.

Había un sótano, donde se practicaba también juego de cartas, con aportes importantes y personajes de resonancia.

Existía en los parroquianos un importante sentido de pertenencia que no les impedía escabiar en otros boliches. Fue un lugar de encuentro, de intercambio de opiniones de política (partidarias o no), de comentarios, de fidelidades o no, también para organizar “eventos”.

Hoy, muchos años después, al ingresar en el ex boliche, actualmente el estudio de psiquiatra Dr. Capellino, percibo vivencias, picardías, infidelidades, ruidos, comentarios sobre choreos, ciertos o simulados y, por cierto, alegrías, música, risas femeninas auténticas, muchas procacidades mixtas junto a música de Darienzo o las primeras grabaciones de Elvis Presley, y por sobre todo, relatos de apariciones, lobizones, la Ramonita Moreno y detalles finos de las relaciones de parroquianos con señoritas de la zona. Y, por cierto, ¡la sirena de las Merceditas policiales!

Fue un lugar de encuentro global, con diferencias mínimas entre boliche-almacén-juegos, de confesiones mutuas, de acuerdos y confidencias, y sobre todo ¡de alegría!